Carlos A. Disandro

COMPLEXIÓN LYRICA EN LA SEMÁNTICA DE HORACIO

(Publicado en *Semanas de Estudios Romanos,* vol. VII-VIII, Universidad Católica de Valparaíso, Chile 1996, y presentado como ponencia a la XV de esas Semanas en 1992)

1

La filología latina, en cuanto al período de Augusto y particularmente en cuanto a Horacio, ha tocado un límite reconstructivo y hermenéutico, en el sentido "escoliástico", difícilmente controlable y sobre todo difícilmente incardinable en otros parámetros. Para el horizonte de América Románica, la cuestión se plantea sin embargo en términos de "experiencia", no de la historia crítica de Horacio, sino de una relectura textual holística americana. Pero en trance de desentrañar la temática que sugiero con el título de mi ensayo, para el bimilenario de la muerte de Horacio, la experiencia americana del poeta tropieza con indudables dificultades, que no pretendo describir ahora. Es otro tema para otra ocasión. En todo caso América Románica no registra una experiencia profunda del texto horaciano por razones que no siempre resultan fáciles de comprender; y tampoco una intervención ostensible en el panorama crítico filológico de los siglos XIX y XX. Es decir, América Románica no cuenta en los dos parámetros mentados: "saber" de Horacio, "reconstrucción" de la historia crítica de sus poemas.

Sin embargo, la impericia de América Románica, pese a su inserción en el área latina, e incluso en la pedagogía post-renacentista de la lengua latina, podría resultar una ventaja para una "experiencia americana" de relectura del clasicismo greco-romano, y desde luego una relectura de Horacio mismo. En esa intención propongo esta visión filológica, no racionalista, no positivista, no escoliástica, sino atenida al poeta mismo y sus textos como *arkhé* de la experiencia lyrica, o como diría Ernst Howald, de "poesía absoluta".

De cualquier modo, para que no se confunda mi prosa con disquisiciones adventicias, propongo, como contrafuerte filológico recapitulatorio, el examen y confrontación de las dos indagaciones más completas en la comprensión del texto horaciano durante el siglo XX, ya en su tramo final, dos obras de autoridad indiscutible y de resonancias complejas.

Me refiero en orden cronológico a Walter Wili, *Horaz und die Augusteische Kultur*, Basel, Benno Schwabe Verlag 1948, 414 pp. y Eduard Fraenkel, *Horace*, Oxford Clarendon Press 1957, 463 pp. En estas dos obras monumentales en muchos sentidos están asumidas todas las peripecias críticas de un siglo y medio, en una relectura comprensiva filológica del texto horaciano: sin embargo, aunque el curso investigativo es prácticamente el mismo en ambos volúmenes, difieren en importantes matices. W. Wili se entraña más en el fenómeno del texto como *Gedankenlyrik*, según el estilo germánico. E. Fraenkel, más sobrio, atiende sobre todo al perfil de la proferición latina en una compleja curva y fisonomía espiritual. Del primero he ofrecido una reseña y estudio pormenorizado para los hispano-hablantes que no manejen el alemán. Pueden consultarse en la *Revista de Filología Clásica*, del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, 1952. Se trata de un comentario sobre la primera edición del libro. En mis seminarios de Filología Latina he usado ese material, confrontado precisamente con el curso expositivo de Fraenkel.

No me resulta extraña pues la tesitura filológica *strictu senso*, naturalmente de mejor calibre y más limpia autoridad. Pero precisamente mi experiencia de innumerables seminarios, como *lectio* de textos latinos, me ha llevado a la conclusión de que en su gran mayoría los participantes no están capacitados para la lectura y análisis holísticos, según una comprensión integradora semántica, como el texto mismo elegido para la ocasión. Trátase de un plano que abandona el fragmentarismo escoliástico, y la explicación complementaria de temas punctiformes. Señalo ejemplos concretos, cuya tarea debí sustituir: Cicerón (*de divinatione*); Lucrecio (*de rerum natura*); Tácito, Tito Livio, Virgilio (*Geórgicas*), etc. No hablo de autores y textos post-clásicos. Allí es imposible avanzar. Volvemos entonces a la preparación curricular, que resulta una verdadera cárcel para América. Pues

América Románica debe hacer la experiencia del *noein* sin condiciones. El *noein* filológico es diferente e incluso contrario a la lectura escoliástica, y al régimen de la pedagogía morfosintáctica practicada por los profesores de lenguas clásicas, generalmente al margen de los recursos humanísticos, teológicos, filosóficos, etc. Walter Wili y Eduard Fraenkel, en disímil resonancia del texto horaciano, podrían ser nuestro contrafuerte filológico inexcusable, siempre que progresemos por la experiencia del *noein*. Este es por otra parte la única vía de emersión para América Románica en el área clásica, emersión digo de la nefasta clausura de la *ratio studiorum*, causa fundamental para estas latitudes de atraso, el desorden, la insipiencia, la incultura y la confusión.

2

El ritmo integrador de Horacio es un pensar lyrico que ha progresado por la *experientia litterarum* la *experientia* histórica, la *experientia* noética, propiamente dicha. No hay un crecimiento orgánico holístico, como en Virgilio, sino un retroceso a las "raíces" del acontecer, y desde allí el ímpetu de la coronación lyrica en la semántica comprensiva. El ascenso culmina con la organicidad procurada para toda la obra. No fue el gramático quien definió y rehizo la complexión del *opus horatianum*. Fue el poeta, dócil al ritmo semántico que procuramos perfilar, fue el mismo Horacio quien levantó el entero *templum* como un *pantheón*, que dirime en los espacios del signo semántico las sutiles correspondencias, tensiones, coincidencias o particiones en la gran partitura de su expresión estética; Horacio es en este sentido un poeta moderno en las constancias de la cultura augustea. Moderno en el preciso significado de entrever una renovación de la *arkhé* absoluta en la crisis del hombre romano. Antiguo, de la *antiquitas* proclamada por Varrón y otros, por la cohesión de una armonía entre palabra, *sensus* lyrico, lumbre semántica del mundo; por la medida justa del hombre en el cosmos, por la interioridad del cosmos en la admiración del hombre. En este sentido, traza una vía en la otra modernidad de los siglos XVIII-XX, para la post-modernidad tempestuosa que ya transitamos con naves espirituales mucho más frágiles que las construidas y gobernadas en la navegación de Augusto y de Horacio. El bimilenario de su muerte nos encuentra sumidos en la más honda y vasta confusión semántica, aquélla que revierte la categoría celeste del hombre, la subversión del *phytón ouranion*, en lenguaje platónico, o del homo *bis natus ánothen*, según San Juan Evangelista.

Ahora bien, la recognición de tales perfiles o de tal complexión biológica de la poética horaciana, no como teoría estética, sino como praxis daedálica, como un "hacer" (*ein Tun*), embebido de un *Bild* (imagen), actuante según energía semántica inabolible, esa recognición es una tarea abierta para una relectura, deslindada del cansancio escoliástico y las minucias de "paper", muy respetables por cierto, pero impotentes para afrontar la complexión lyrica aquí aducida.

No olvido por supuesto su ubicación primero en el epicureísmo, lo que se traduce, más allá de las confusiones propuestas por intérpretes modernos y polémicas estériles, en entender la tensión entre lo mínimo y lo máximo, según la sentencia democrítea y luego post-medieval: *contineri minimo, non coerceri maximo divinum est*. Pero también los inexcusables convivios con el tardío estoicismo, difundido en Roma por corrientes que deberíamos retrotraer a Catón el Viejo, a Ennio, al círculo de los Escipiones, a Marco Tulio, etc. Esas corrientes devuelven a la *physis* y a la cultura un acontecer biogenético y apokatastásico, cuya máxima tensión generativa es la palabra moderadora y reasuntiva del poeta. Como epicúreo, Horacio reconduce, regenera y radica la resonancia del mínimo biogenético, trocado en norma personal, es decir, un linde mínimo infranqueable como no sea por la palabra. Como estoico, revive, reasume y replantea el *sensus* holítico, allende toda conducta, todo micro-segmento, toda ley ética por importante y decisiva que ella sea, cultural o históricamente. Pues Horacio fue consciente de su itinerario, cuyo trámite podemos reconstruir con mayor claridad que el de Virgilio o Propercio, y desde luego, con mayor claridad que la curva enigmática de Lucrecio, que parece un astro fulgurante y misterioso. Esa claridad lyrica interior del poeta meridional es sin duda un valor helénico, que significó para el Horacio romano la búsqueda del mysterio sabino, en los montes colmados de sacralidad arcaica y penumbrosa; ellos fueron en su alma sencilla como parámetros de diafanidad, nitidez y ternura, según otras dimensiones que las virgilianas o tibulianas. Este es el misterio del cosmos reasumido por el reino mínimo del verbo. Y esto fue posible, digo, este vínculo generativo, hasta el siglo XVI, en que se cierra y cancela la antigüedad. La conciencia del itinerario lyrico raramente ha significado para la filología latina de los siglos XVIII-XIX un dato ilustrativo y fecundo. Sin embargo, en la actitud de relectura, tal como aquí la planteo, resulta el esplendente espejo de un alma conmovida y fina, que siente en el domino de la clausura la presencia de un dios paciente y constante en su fulguración renovadora y fecunda.

La historia de Horacio es pues la historia de su itinerario lyrico, y la historia de la filología horaciana, feliz o contrahecha, depende siempre de esta singular comprensión.

¿Cómo podemos asir esta diacronía melódica? He aquí el obstáculo, que se interpone por razón del método, tanto para el racionalismo del siglo XVIII, cuanto para las conmociones emotivas del siglo XIX. Un filólogo como Ernst Howald recupera curiosamente en su concepción de la esencia de la poesía latina un parámetro

simbolista, absoluto, que emparienta a Horacio con los poetas metafísicos ingleses y germánicos, y lo levanta nada menos que a una categoría sorprendente de "pensar" lyrico. Pero esta expresión, "pensar lyrico", es oída con sospecha por toda la filosofía moderna del lenguaje, en particular por las corrientes del estructuralismo lingüístico y del evolucionismo psico-social; no así por otros representantes de las primeras décadas, como el ignorado franciscano padre Robles Dégano, que sería menester recuperar por exigencia de objetividad al menos. Precisamente Horacio, en el reino de lo mínimo, huye de una plétora del *logos*, plétora que condiciona lo que llamo "cultura modernosa", es decir, que desgasta el reino del verbo y lo hace puro epifenómeno. Entre el puro epifenómeno del *flatus vocis* y la densidad de "ser proferido", media un abismo que desentraña en el alma de Horacio la justa medida, la disciplina o *ergasía* constructiva, como quieren diecinueve siglos después Stephan Mallarmé y su hermano lyrico Stephan George. Pero nos alejamos de nuestra *quaestio*, a saber, el itinerario de Horacio. Justamente, en la tripartición que expondré, o sea, *res natura et mundi, res hominum, res lyrica*, el deslinde, sostenido por un solo término latino (*res*), y sus congruentes reanudaciones, intenta prefigurar fundamentos del itinerario.

Lo mínimo es en Horacio la Oda; lo máximo es la Sátira. Y no en el significado del discrimen extenso o restricto de la composición. Éste es un aspecto puramente cuantitativo, externo, que no corresponde a la energía condicionante de esta polaridad. Se trata de la función lyrica del lenguaje como *operatio aesthetica* que concentra o expande; función lingüística que en la Sátira condiciona el traslado del discurso cotidiano a un plano estético del relato (paródico o no); función lingüística que en la Oda concentra el pensar lyrico como una dimensión absoluta. Lo máximo no constriñe al poeta, perdido en un discurso desconcertado, lo mínimo no es una condición excluyente, pues al coincidir con el ritmo del pensar, todo está insumido y referido. El *logos prophorikós* de la Sátira es como la historia del hombre: vasta y enigmática, que se sustrae al *logos endiáthetos*. El *logos endiáthetos* de la Oda es el *noein* lyrico. Según estos parámetros debemos comprender el estilo de Horacio, que es esencia del latín, así como comprender el estilo de Píndaro requiere repensar la *natura* cosmogónica del griego. Horacio fue consciente de esta polaridad, como voy a indicarlo oportunamente.

Son estas situaciones polares las que nos permitirían trazar la imagen horaciana, procurada desde el fin de la antigüedad hasta el presente. En esa serie de imágenes, sobre todo desde los siglos XVI y XVII, desde el siglo XVIII, etc., las confusiones han sido vastas. La competencia de la filología latina, en el empeño de recomponer una historia depurada de la tradición crítica de la poesía horaciana, permite en efecto redimensionar el texto lyrico, hoy, después de innumerables tempestades, de emersiones lyricas contrastantes, que contra lo que comúnmente se cree y a veces se afirma con tono de ciencia *more geometrico*, no dan por abolidas las recurrencias de la antigüedad. Pues la filología no es una *variatio* modernosa *ad usum delphinis*, sino una ciencia o hermenéutica rigurosa de los textos a fin de profundizar el mysterio del hombre, aquello que ocupa justamente el centro del campo semántico horaciano.

Así nuestro breve trabajo recorre caminos no hollados, pero depende de una estricta resonancia latina en el vasto discrimen de aquella tradición crítica. Subrayo además que, como alumno de mis propias concepciones en cuanto al saber filológico en América, entreveo una tarea americana, tal como la he propuesto a mis ilustres colegas de Boston y Tübingen, a propósito del tema *Classical Tradition in America*. Pero esta es otra cuestión. Veamos entonces brevemente los tres capítulos de mi *operatio philologica*, cuando insólitas y desconocidas tempestades sacuden la nave americana, justamente según imagen que reanuda el acontecer de 1492, entonces a los mil quinientos años de la muerte de Horacio. Como en la colosal aventura de los navegantes hispánicos es preciso rehacer velamen, palos y jarcias, en medio de vastos ríos y vastas soledades. Es preciso tal vez rehacer la nave, y la sabiduría de Horacio, en lo mínimo y en lo máximo, es en esta América desconcertada, inhóspita y tumultuosa, de una invalorable pericia para las nuevas generaciones americanas, abiertas al vasto cielo y dóciles a la tierra viviente. La filología concilia aquí también su palabra en el arte de la navegación hacia el pensar americano, que emergería en un ciclo planetario de difícil interpretación.

3

Res naturae et mundi define el primer giro de nuestra hermenéutica. Uso con intención la sonancia latina *res naturae* que resulta excluyente y contrapuesta a la expresión lucreciana *rerum natura*. Y agrego *mundi*, no como mero expletivo, sino como emblema semántico del *holon* concreto, en cuya contemplación el poeta tal vez alcanzó momentáneo gozo lyrico. Pero nos interesa articular en la referencia contrapuesta, Lucrecio-Horacio, un parámetro fundamental para lo que he llamado "complexión semántica", es decir, una physiología viviente, en que miembros, órganos y partes articulan nervaduras congruentes. Pues Horacio no tiene interés por una cosmogonía, mítica o racional; ni por un análisis democríteo, epicúreo, lucreciano, por donde llegue a lo mínimo, a los *corpora prima* del gran physico-lyrico romano. La natura y el mundo son dados por existentes, densos y sustancialmente dichosos por su onticidad que no se disgrega, ni por la *ratio speciesque naturae*, ni por catástro-

fes, ni por signos ominosos. Para usar otro término latino, es un *fatum* y como tal lo acepta, lo contempla y lo ama.

De allí nace, como de una fuente limpia y perenne, el lirismo originario, que habría de elevarse al signo absoluto del pensar lyrico. Horacio pues ama el monte, el árbol, el agua, el bosque, el río, la nube, el ratón campesino, o el fuego comburente y la ceniza, o sea, lo que contiene la semántica de *res naturae*. Descubre en ella como *homo priscus* la densidad de la convivencia y diría el connubio entre el hombre y la tierra. Por eso es muy fuerte en Horacio el sentimiento hespérico de la cultura. Esta sustancial nervadura cruza, penetra y dimensiona toda la poesía horaciana, la sustrae del mero epifenómeno, melancólicamente contemplado, pero integrado en lo que he llamado *fatum*; la integra en la unidad objetiva de ser y "ver u oír", plasmar y actuar. Un originario sentido óntico helénico, que es sentido como romano arcaico, rehace en el plano semántico la consistencia del ente. Un tranquilo empirismo, enjuto de toda dialéctica, pone en la balanza la cosa y el hombre, y produce un sopesar la cosa (*res*), en tanto su esfera de tal incluye al hombre contemplante. No debe perderse de vista esta condición horaciana, inversa a la de Virgilio, como se ve desde la *Égloga* I.

No hay pues en Horacio, en cuanto a *res naturae et mundi*, ningún retroceso a la *arkhé*, aunque en cuanto al hombre vibra como sabemos el tema de la edad de oro, pero más bien como contracanto del *beatus ille*, que sin embargo está entretejido en la trama del acontecimiento, no exento de ironía, que podría ser de origen platónico, si no tuviéramos abundantes testimonios en la *prisca cultura latina*, y en el *homo campesinus* de la cosmovisión lingüística estrictamente latina. La cultura helenística de Horacio no ha sepultado este rescoldo, viviente y cálido del sentimiento itálico, latino-romano, que podemos hacer retroceder a su período de deslinde con el osco-sabino, y a su confrontación con el misterioso contexto etrusco, todavía palpitante, como puede discernirse en Virgilio, Tibulo, Propercio, etc.

Nada en la poesía de Horacio es ajeno a la proferición semántica resultante, como trasiego y emulsión de mentalidades itálicas, pero según una cuerda lingüística que rescata y depura la rusticidad del latín. En esa proferición Horacio es el poeta que medita y concentra sin atenerse a la dimensión autónoma de ningún relato. De este contexto ancestral y su presencia coalescente en el antiguo, Horacio es todo lo contrario de un "rapsodo"; su expresión ceñida limpia el lenguaje por su contacto con el ente; reprime la erudición escoliástica del alejandrinismo y rescata como buen epicúreo-estoico la interioridad del mundo, lo trasiega sin dificultad a la vibración lyrica, donde ese mismo mundo pasajero epifenoménico se hace perenne y luminoso. Allende los géneros, las alusiones doctas y eruditas —tanto en el lenguaje descriptivo como en las resonancias literarias—, el curso semántico no abandona la memoria cultural de un Lacio aldeano, conquistado por el brillo de la Hélade y el saber lyrico de una lengua transrapsódica. Por el contrario, no podemos entender la emersión del *templum*, ya mentada, sino como espacios constructivos del latín.

El sentimiento de fugacidad, el *carpe diem* horaciano, sin perjuicio de una resonancia milenaria, desde Homero al siglo de Augusto, ese sentimiento enraiza en la *experientia rerum naturalium*. Ella a su vez trasciende de las contrapuestas teorías estoicas y epicúreas, y rescata como fundamento inexcusable del "hacer poético" según su trama lyrico-lingüística una comprensión de la tierra viviente, en el cosmos viviente, patencia regenerativa del *noein* o conocer, ritmo viviente también para una alertada pulsación, que trasiega de lo mínimo a lo máximo. En primera instancia, no caben pues deslindes éticos, pues las *res naturae* —en el sentido horaciano— y la *natura rerum* —en el sentido lucreciano— fungen como expresiones ónticas: ellas reacomodan escalas desde el fulgor en el epifenómeno a la constancia de un *totum*, que es indeformable, pero no geométrico, sino *lebendes*. Y curiosamente la cuadraría a Horacio la sentencia de un poeta filósofo-lyrico, tan alejado del latino-romano: *Wer das Tiefste gedacht, liebt das Lebendigste* (Hölderlin). Esta profundidad de Horacio brota de su mirada fresca para lo mínimo, y se levanta a ese amor por lo "viviente" absoluto y consolador, como esplendencia de una lumbre indeficiente y sagrada, porque es "todo". Allí habita el poeta, y desde allí despliégase su mirada a la *rerum natura*, pero sin acento lucreciano.

Toda la *operatio estética* radica en este vínculo inabolible, cuyo primer deslinde comprensivo, profirente, estructural, temático, rítmico, se contiene en este capítulo muchas veces relegado en la gran filología positivista. No deja de ser sin embargo una curiosa y magna contradicción que el racionalismo y el gran positivismo filológico descuide o minimice el harmónico positivismo horaciano, más claro ahora en su bimilenario convocante, pues son las catástrofes convividas las que nos revelan con nitidez incomparable la medida, el número, el ritmo horacianos, con los rasgos de un positivismo profundo: la *amicitia rerum naturalium*, trocada en principio lyrico del pensar incondicionado. Por esa condición lo llamaría "positivismo hespérico", pues en su límite —lo mínimo— no niega la distensión sobrecogedora —lo máximo— donde el poeta puede sin duda acogerse también a la resonancia de la palabra mythica. Y en desembozo de la vida y el pensar lyricos horacianos, recordaríamos a Goethe, tan diferente del romano, y a su poema del ciclo *Wilhelm Meisters Lehrjahre*, I Teil, 3 Buch:

Kennst du das Land, wo die Citronen blühn,
Im dunkeln Laub die Gold-Orangen glühn?...
(¿Conoces tú el país donde florece el limonero,

en las oscuras frondas relumbran naranjas-oro?...)

Este mysterio del Sur para los que fueron Hyperbóreos trasiega ese ámbito hespérico, fecundo contorno para la interioridad y el pensar horacianos. Pero en fin esta condición meridional inconfundible parece inclinarse en el poeta venusino por una mirada comprensiva al *anima mundi*, y por allí las resonancias estoicas, del último estoicismo, son inevitables, quizá muy, muy en lontananza la vibración empedoclea de la "vivencia" cósmica, que trama en el hombre una "vivencia" sagrada, desentrañada en la palabra lyrica. Pero no es mi propósito definir y decantar fuentes, sino asir la complexión estética, o sea, la sincronía physico-orgánica, la physiología lyrica de nuestro amable maestro, enigmático en su venerable sonrisa. Probablemente los diálogos en el círculo docto de Mecenas representaban estímulo y fuente de reflexiones, discrepancias y amables sátiras, sobre todo en los grandes gestos y palabras, no exentas de tensiones, ajenas al temperamento del poeta. Horacio se confrontaba así con una humanidad no por cierto cotidiana y vulgar.

En este sentido, nada cosmogónico hay en Horacio, ninguna pretensión de entrever, recuperar o celebrar una *arkhé*. El *kairós* insoslayable es la medida de Horacio, y en esa coincidencia o coyuntura de cosa y fenómeno, en ese epifenómeno esplende para Horacio una simpatía con el mundo, de modo invariable, como dato inabolible de la misma realidad, o sea, de la misma *res naturae*; en ella debemos insertar también el ánima lyrica horaciana, sus órganos mundanos en el mundo, su trasiego constante y lúcido. Lo que está en los orígenes, lo que especulan los doctos por retroceso memorioso, mítico o filosófico, no interesa sustantivamente al poeta. Sin embargo, por un curioso trasfondo de su espíritu libre, no descree del pensar, ni rechaza la actitud reflexiva del filósofo. Por el contrario, comprensivo, la considera una dimensión normal en el hombre y un signo de cultura profunda y operante. Creo que este raro equilibrio horaciano fue fundamental en el contorno de Mecenas y Augusto, y decisivo en lo que podríamos llamar o considerar equilibrio asuntivo romano de la cultura augustea (Sobre este punto, he revalorizado entre otros trabajos el libro de R. Heinze, *Die Augusteische Kultur*, 156 pp.)

De cualquier modo nos interesa, en la hermenéutica filológica, el signo remanente de tales instancias, incomprobables en los textos mismos, que inducimos en esta somera relectura para un bimilenario, con que subrayamos desde luego la sentencia del propio poeta: *Non omnis moriar*, sentencia que podría ser *logos prophorikós* de un río, una rosa, un monte e incluso una nube. No exageremos tampoco la intención de Horacio en ese parámetro de inmortalidad. Ella concierta con un *sensus totius* mal llamado paganismo, *sensus* que, repito, considero más bien reavivado en el tardío estoicismo que hará tanto impacto, positivo o negativo, en los cristianos de los primeros siglos. Pero en fin el signo de la complexión lyrica que indago y reconstruyo, con un sentimiento americano, no sobrecargado por las tensiones culturales clásicas de la Europa del clasicismo anglo-germánico, resulta a mi ver una variable lingüística del latín, no en el sentido de la ciencia helenística morfosintáctica —requerida en una pedagogía que ha cumplido su ciclo— sino en el sentido de revelación del mundo en el *logos*; éste en efecto inhabita primero esa *res* de complexiones inagotables e inextricables, y puede converger en la proferición del *sensus* lingüístico específico del latín, lengua pues apokatastásica de aquella complexiones y matriz por ende de la lyrica absoluta. Y naturalmente podríamos recuperar los antecedentes de Horacio, según su timbre propiamente horaciano, desde los días de Catón, Ennio, los círculos de los Escipiones, Varrón, Marco Tulio, etc., hasta la *renovatio* lingüística del siglo I a. C. Pero no es mi intención trazar esa historia semántica, en una diacronía más amplia, sino interpretar esa complexión lyrica misma, como testimonio de lo que llamo por comodidad "sentimiento americano" en el decurso de la filología hodierna.

Y bien las *res naturae* articulan *per se* el trasfondo de la *operatio aesthetica* horaciana, en los tres planos con que podríamos repartirla: el *logos prophorikós* como instancia de lo mínimo en el vocablo, la imagen, el giro descriptivo; la composición en el plano de una creatura orgánica determinada (según la etimología latina de *creare*, que podemos derivar precisamente de Lucrecio); la composición como plexo solar de conjuntos, libros, totalidad poética al fin, procurada diestramente por el poeta mismo en un lento recurso noético; *natura* eficaz, como si instalara su ergasía la complexión de un árbol maravilloso, o de una cuenca acuífera inagotable y fluyente; o de una ciudad, arquitectónicamente repartida por una mente cosmokrátora. Pero estamos en el reino del son rítmico, que es mínimo de la poesía, tensionado como constelaciones celestes, por la diakósmesis del son máximo, también divino según su eficacia demiúrgica. Esta *harmoníe aphanés* es en Horacio el acto mismo de la poesía, que no necesita "celebración hymnica" al modo Pindárico. Es el ente, que existe en el plano sonoro semántico, con existencia inevanescente, desde luego según la conciencia lyrica ya aducida, y tan entrañable, aún hoy, para un latinista. La complexión de ese reino del son rítmico no admite reduccionismos computables; exige en cambio atenta audiencia al resonar, diverso en cuanto al puro existir cósmico, diverso también de la *natura rerum creatrix*, aunque inscripto en ella por supuesto. Esa complexión es por otra parte la verdadera poesía de Horacio, pues el romano liberto recupera aquí la más alta libertad metafísica de construir un reino inabolible y denso. Reiría el poeta seguramente de mi extrapolación hermenéutica, pero silenciosamente consentiría conmigo en que ama el "acto" de su obra misma (*noein*) al margen de toda pedantería, tan detestable a su corazón sencillo. Sin embargo mi hermenéutica no es de una pedantería; por el contrario, exhibe una simplicidad convincente, en medio de un fariseísmo filológico que enarbola el "paper" por sobre la obra y la experien-

cia lyrica del texto. Y si de Píndaro puede decirse lo que afirma Norwood a propósito de la filología pindárica; de Horacio, más acotable, pero no por eso menos profundo, forjaría en este caso la siguiente sentencia; sólo el rescate generativo de la obra horaciana es un remedio salutífero para la derelicción americana, que induce una ciencia de lo "no oído", ni leído, montada en bibliografía muerta, ni decantada, ni recordada como un sendero en el bosque de la impericia lyrica. Así pues este bimilenario, que coincide paradójicamente con el Vº centenario de América inhóspita y salvaje, nos inunda de un aire fresco de realismo lyrico, que resulta para los mismos filólogos del siglo XX, amantes del latín, el misterioso reino de la "poesía absoluta". Y ésta es la que puede hacer crecer a América en el *noein* precisamente, cansada de racionalismo infecundo (y ahora tecnocrático y videocrático). No podemos plantear de otro modo nuestro *kairós* en la historia universal. EL TEXTO de Horacio es pues promotor y fecundo, estímulo para una experiencia lyrica de América que renueve el mortal laberinto de su ciencia reseca sin alma.

4

El segundo giro de nuestra ruta —*res hominum*— impone la estatura y complexión del hombre, tan claramente asumida por el poeta. Podría decir, remontando mi propia imagen phylogenética, que las *res hominum* comportan el plexo solar del sistema physico-biológico de esta semántica lyrica. Un secreto discrimen y una secreta *enérgeia* lyrica y lingüística cohesiona las especies rítmicas, advenidas como *res naturae musicalis*: odas y épodos, sátiras y epístolas son pliegues lyricos de la multiforme *natura hominis*, que siendo *res naturae* la enfrenta como una mano a otra mano, como una mano que se inviscera y recoge a sí misma, como cuando ella, la mano, redimensiona un fruto, un guijarro, un cuerpo, desglosado del cosmos: sólo la mano humana puede contenerlos y palpar su especificidad, su perfil, su gravidez. Sin embargo la *natura hominis* es concentración y despliegue, en otro plano, de las *res naturae*, antes aducidas. Y es bueno recordar de paso la intuición democrítea, y por ende epicúrea y estoica, de makrocosmos y mikrocosmos, que he desarrollado en otros trabajos consagrados al physico y filósofo de Abdera. Pero ya señalé, inicialmente, que lo mínimo y lo máximo no son en Horacio categorías especulativas, sino constancias de su *Dasein*, de su existencia personal constructiva y estética. Si ha partido, en cuanto poeta docto, de Demócrito o no, es otra cuestión que en este instante no considero, para no ingresar en campos hermenéuticos que derivarían a otros aledaños mi planteo inicial. Pero, positiva o negativa, la respuesta a la *quaestio* histórico-filológica no disminuye nada la complexión propiamente dicha en su sesgo de *natura hominum*. Prefiero el genitivo plural del giro latino para rehuir reduccionismos, esquivados por el mismo Horacio con consciente perspectiva del ente-existencia, no del ente *rationis*. Tal el sentido de la Oda I del libro I, es decir, pórtico absoluto de toda la colección lyrica, por voluntad ordenadora del poeta. En mi concepción ella integra el campo semántico lyrico y es signo de la complexión physica del *logos prophorikós*. A esa Oda sumaríamos algunos Épodos (II y XVII), con todas las Sátiras y Epístolas, e incluso el *Carmen Saeculare*, signo del *homo laudans*, del romano sujeto por una *religio*, que como he explicado en otros trabajos concilia el perfil numinoso de sus deidades incorpóreas y el *fari* inmanente de sus bosques oraculares. Horacio, por itálico y romano, es tributario de este magno trasfondo de la romanidad y del latín; entronca por su semántica con el vate milenario, pero por su combinatoria entre ritmo, canto y *noein* es poeta, como explica Virgilio en otro pormenor inexcusable para el filólogo.

Ahora bien, las *res hominum* concilian un reino misterioso, patente para Horacio en la cotidianeidad mostrenca hasta el pensar sacro-religioso a que lo constriñe su lengua poética precisamente; con las *res naturae* sería sólo vate de Picus y Faunus, extraños a su dimensión portante del epifenómeno constitutivo del mundo. Sin embargo el más sorprendente epifenómeno es el hombre que los deslinda y los comporta. Así nacen las *Sátiras* o *Sermones* y las *Epístolas*, que son "sermones" admonitorios; y al cambiar la referencia cambia el tono y el estilo, pero no cambia la reasunción de las *res hominum*. Es preciso empero no ceñirse a límites de género, pues eliminaríamos la resonancia de la complexión unitiva. En la complexión hay órganos más o menos incardinados en funciones apokatastásicas, pero no géneros ni especies que fracturen la unidad biogenética de *res*, o de *individuum* o de *epiphaenomenon* infragmentable. Pero puedo sí subrayar mayores o menores densidades, o un sesgo en el deslinde analítico. Así salvaría lo que llamo complexión lyrica en la unidad semántica, y advertiría al mismo tiempo la diferente corolatura en parámetros mencionados con los genitivos denotativos (*naturae, hominum*) y en el epíteto lyrica (*res lyrica*) pues, aunque en otro plano de la vida indehiscente progresamos hacia complejidades semánticas, que la tradición helenística configuró en los géneros. Y por supuesto que tal regencia analítica ofrece fundamento *in re*, y por ende sigue siendo válida, siempre que no se transforme en un reduccionismo que anule la experiencia misma de la vida estética. La tradición escoliástica helenístico-romana debe ser usada como andamio para recorrer los delicados espacios lyricos del viviente *templum*, impostado en el cosmos semántico, o en la constelación latino-romana. No debe confundir ni puede priorizar la descripción de perfiles y contexturas de planos arquitectónicos, o materiales incrustados en esa condición unificadora y complexiva de "viviente", y mucho menos entremezclar andamios y muros o vanos palpitantes en la lumbre semán-

tica, que es ente-existencia estética en la palabra y el ritmo. Salvadas estas acotaciones, la cultura escoliástica es siempre recuperable. Ahora bien, la industria de los "papers", tan cuestionados con razón por A. Toynbee, tiende a insumir en una manipulación del producto literario antiguo la existencia semántica y a dañar el espíritu de la filología clásica, impidiendo el *noein* erguido sobre cada *templum*. En este caso, a propósito de Horacio, la pregunta se formularía así: ¿en qué medida la tradición bimilenaria ha agotado la comprensión estética de su obra inmortal y por tanto "*lebendes*"? ¿En qué medida el horacianismo escoliástico daña la vigencia lyrica y noética del poeta romano en América Románica, estéril ya por la *ratio studiorum* de sus orígenes académicos? ¿En qué medida poténciase una filología de la "experiencia" estética, sin devenir una duplicación literaria, una charla o digresión de periódico culturoso? En una palabra pues, ¿es posible articular ciencia rigurosa de los textos y *arkhé* estética y lyrica en el sentimiento del mundo? Tales son los obstáculos y los riesgos que comporta la visión de una complexión lyrica; debo asirla y entenderla filológicamente como una *renovatio* estética de las *antiquitates rerum divinarum humanarumque* según la expresión varroniana. A ella no es ajena la vida lyrica de Horacio, trasuntada desde luego en la composición. De otra manera la llamada disciplina clásica es una carga inútil y regresiva, en el peor sentido pedagógico del epíteto. En definitiva pues, ¿en qué medida puede una tal "filología arkhaica" rehacer un camino a la antigüedad y construir una *cultura animi* en América Románica?

De todas maneras, las *res hominum* corresponden a una visión nunca gastada del espíritu lyrico de Horacio, un progreso siempre activo para completar este perfil extraño de la *natura*, este mysterio del hombre para el hombre. Expresión y tabulatura totalmente ajenas al espíritu del poeta romano, aunque nos ayuda a precisar el desglose de *homo* y *natura*, reino que encaja en el primer deslinde temático.

Ahora bien, ¿se puede trazar una escala entre el *homo* de la *satura lanx*, es decir, puesto con indescriptible mezcla de motivos y realidades, comidas, viajes, parodias heroicas y cultas, etc.? A medida que ascendemos en tal escala se purifica el epifenómeno "hombre" y advienen entonces otras realidades, por ejemplo la filía o amistad, como se ve en la Oda a Virgilio, el sentimiento de la muerte, la existencia del poder no de los dioses, sino de hombres para con hombres, la curiosa instalación en el paisaje, la memoria del mito, el diálogo, etc. Las Epístolas representan según reasunciones selectivas la conciencia del acto de pensar en el sentido griego de *noein*. Es pues una poesía de pensamiento (*Gedankendichtung*) que siendo en la natura la geognosis del hombre, sorprenden en éste la vasta categoría del *nous* anaxagórico, no como un epifenómeno pasajero, sino como constancia absoluta de la vida, y como régimen de concentración y diakósmesis de las homeomerías infinitas. Hay pues una realidad (*res*) que debo comprender en la *natura*, pero discriminando la emersión de un acontecer, que sustrae un remanente, algo más de lo que cabe en la serie *res naturae*. Horacio ha sido consciente de la pluridimensión del pensar en el vivir cotidiano, en la reflexión filosófica y en la exultación lyrica. Por esto pues el ritmo dactílico de las *Epístolas* y el ritmo dactílico de las *Sátiras* corresponde a Sócrates en el ágora y a Sócrates en el diálogo con sus discípulos. La mención no pretende introducir la cuestión del Sócrates platónico, lo que seguramente se plantea de otro modo para Horacio.

En cualquier caso, las *res hominum* corresponderían a la cultura convivida con una pasión distinta: no el mero hecho obvio del *coetus hominum* por su *natura*. Temas y reflexiones muy adentrados en el último estoicismo, como lo prueba el *de re publica* de Marco Tulio (año 54 a. C.). Por esto en las Sátiras las *res hominum* son tomadas del ámbito urbano —el espacio convivencial por excelencia— o del ámbito campesino, el ámbito de *labor improbus*, que requiere por otras razones esa dimensión convivencial. En cambio las Epístolas consagran la densidad íntima de la cultura humanística, reflexiva, interiorizadora y katártica. Pues el hombre para Horacio progresa en el sentido interior y se acomoda a lo máximo sin ser constreñido por éste.

Los hombres multívocos, *polyphemoi* como dice Parménides, son unificados en el *logos* epistolar, que devela un acento ético del tardío helenismo, pero también una vocación romana por el ser social, por la presencia del pensamiento como régimen de una *cultura animi*, enraizada como la *agri cultura*. El lenguaje de las Epístolas es pues refinado y tenso, limpio de todo gesto inútil o decorativo. Esta sintaxis y este vocabulario, imbricados en el muro romano de esta excelencia semántica, constituyen para América Románica, hoy, una fuente de disciplina sistemática, de pensar lyrico incondicionado, de discrimen temático enjuto de todo barroquismo presente o pasado; por lo mismo una vía (*hodós*) hacia la esplendencia del ente, o hacia la experiencia y presencia del dios interior, sin lo cual América no tiene escapatoria del salvajismo y la violencia, del deplorable amasijo rastacuero y chabacano, que parece ser su actual período geológico involutivo. Este lenguaje epistolar es una cúspide del latín, tanto como el latín de Tácito o de Séneca, discretamente renuente al *cursus rhetoricus* ciceroniano, y totalmente desligado de la transfiguración virgiliana. Ese lenguaje ha significado por su complexión viviente, una fuente del clasicismo hasta muy entrado el período post-renacentista, y creo que su destino pedagógico sigue siendo significante para un "hombre clásico", en el contorno tan convulsionado, recurso subversivo de nuestro fin de siglo. Ese destino implica rescatar en el silencio del claustro, construido por cada uno y por una "*filologia da camera*", el ascenso y plenitud de la reflexión horaciana de las Epístolas. Ese latín tenso pues, como el de Tácito o de Séneca, abre las puertas hacia el reino de la claridad concipiente, enjuta de todo ruido, de toda distorsión polémica; reino de la pura patencia semántica que resulta "*a joy for ever*", una constante claridad

auroral para el vuelo de la alondra lyrica. Este es el profundo mysterio de la poesía horaciana, parámetro indudablemente inagotable y constructivo para el mysterio del hombre post-moderno.

De cualquier manera, importa subrayar, respecto de la complexión lyrica aducida, el carácter singularísimo de la tesitura epistolar y los contrafuertes semánticos de este latín rítmico, discretamente deslindado por la pericia del poeta romano, y sustraído de los campos evanescentes, ostensibles en Virgilio y en Tibulo; latín discretamente entroncado con el espíritu, si no con el dialecto, de la antigua Roma patricia y senatorial, según una diacronía lingüística, ignorada a veces por la filología, crítica y docta. Es un latín rítmico, desafectado también de toda resonancia dionisíaca, porque la patencia concipiente exige la tersura del pensar *proferido*. Es esta una herencia horaciana que se mantiene incólume y activa, sin deterioro alguno en dos mil años. Creemos oír una indudable resonancia espiritual epicúreo-estoica de los epígonos romanos, cuyas profundas constancias se prolongarán a mi ver en la atmósfera del monacato romano-cristiano, fundamento del pensar post-antiguo. Pero también esa extrema tensión lyrica, diáfana y enjuta, esta trascendencia rítmica dactílica de un latín, trocado en dispensación del acto mismo de *noein*, proponen las altas cumbres lingüísticas, para el descenso a la lengua de los siglos I-IV, al llano latín cristiano y su poesía de relato y devoción, abierta a otros mundos interiores y penumbrosos. Pero el lenguaje de Horacio seguirá siendo norma y espejo para muchos, en una dimensión que a veces la filología no calibra suficientemente.

Ingresamos así en la última nervadura, aquella que asume y recompone todas las instancias, porque es en definitiva el trasiego del *logos* proferido a su fuente más entrañable: el *logos endiathetos*. Paradójicamente Horacio contaría entre los predecesores de Novalis, y su concepción de la poesía y del lenguaje poético.

5

La dimensión *res lyrica* es precisamente la *deutera physis* del lírico germánico, el anuncio de un reino que insume la *natura* y el hombre, un reino que si bien se proyecta en el vasto esplendor de los *epiphainomena*, e induce el aire anaximénico, no es él mismo un epifenómeno. *Non omnis moriar*, sentencia Horacio.

Sin embargo debemos ponernos de acuerdo en el marco restrictivo de este giro recapitulatorio, que incluye en verdad como en espiral dominante la totalidad del cosmos horaciano y su transparencia semántica. Es el ámbito máximo que no constriñe ni limita (*non coërcet*), sino que obra como *enérgeia* por donde advienen microcosmos semánticos absolutos. *Res lyrica* es total como mundo mayor y totalizante como mundo menor. La realidad semántica readquiere aquí el vínculo operativo entre el *logos prophorikós* y el *logos endiathetós*, y desentraña a éste como referencia absoluta en cuanto al cosmos, incluido el hombre y el "reino de la palabra", que él comporta y despliega como centro noético. Es esta ambivalente instancia biunívoca lo que promueve la perplejidad del filólogo, más allá de la función escoliástica, helenística, epigonal, frente a un texto, en particular las Odas en este discrimen literario: ellas en cierto modo reasumen la virtud apokatastásica lyrica, y generan un dominio o capítulo de la "poesía absoluta" universal. Por tanto la lyrica, el poema horaciano recompone desde luego la totalidad del lenguaje y semántica horacianos; y desde luego caducan también por consecuencia todos los deslindes que hemos prefigurado para asir el ente poético. Esta *res* (en singular) lyrica es única, incluyente, generativa y originaria al mismo tiempo. Por esto la culminación de la *Oda-Proemio* (lib. I. 1) aduce tal complejidad redintegrativa (*Quod si me lyricis vatibus inseres / sublimi feriam sidera vertice*), como excelencia del *homo*, a su vez *decus naturae*. En este *sublimi vertice* se anudan todas las instancias (las *res naturae et mundi*, las *res hominum*, el *logos prophorikós* y el *logos endiathetós*). Se restablece un pléroma de mundo y hombre, lo que para la semántica cristiana es la "transfiguración", y que para el orbe clásico comporta la existencia hyperbórea. O sea, la *res lyrica* es la densidad physica de tal existencia hyperbórea, o adánica, o transfigurada, o mystica. Volvemos a la *aurea aetas*, no por recurso de reinstalación mágica, sino porque ella está semánticamente actualizada (*realised*) en la *res lyrica* proferida. Y podríamos al oírla afirmar lo que dice Don Quijote (I. 11): "dichosa edad y siglos dichosos aquellos, a quien los antiguos pusieron nombre de dorados". Es pues la mysteriosophía del oído hyperbóreo, el "maravilloso camino", como afirma Píndaro. Y curiosamente sabemos que Horacio releyó o re-oyó a Píndaro, quizá en sus últimos años, pues de ello tenemos un testimonio en el libro IV de *Odas*, 2 (Para toda la cuestión, cf. Carl Becker, *Das Spätwerk des Horaz*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht 1963, pp. 121 ss.). Retomamos empero nuestra reflexión filológica y según el estilo ya reseñado.

La *res lyrica* es una existencia en la palabra rítimica de los orígenes, con cuya physis o materia sonora el lyrico, demiurgo del *son+sensus*, desentraña, genera y propone un nuevo "hexámeron", repitiendo el gesto de Adán en paraíso. Es *poietés*, como el Dios paterno, *pantokrátora* y *poietén*, en quien creemos los cristianos, por lo menos los de la estirpe de San Atanasio. Luz y semántica lyrica, ritmo y ley cósmico-lingüística reinstalan el mundo, anticipan la transfiguración y la gloria. Tal es la secuencia en que "ahora" nos movemos.

Tres dimensiones nos presentan las *Odas*: son *epiphainomena* lyricos que reasumen epiphenomenos physicos; son *intus*, interioridad del mundo (*spiritus intus alit*, dice Virgilio), contagiado de la interioridad del hombre, o a la inversa, la de éste plenificada por el mundo; son "celebración" (*rühmen*) que potencia como dice

Rilke un *stärkeres Dasein*. En Horacio todo ello transcurre con la misma naturalidad de la sátira o del épodo. Pero esa naturalidad entraña una nueva dirección de la semántica, un reino más diáfano pero más enigmático, como si retomáramos un juego divino, como el que está en el comienzo de las cosas. Al mismo tiempo la finitud es más severa, porque puede repetirse en lo mínimo la multiplicación de los epifenómenos lyricos, que completan de alguna manera los physicos. Cuáles son las sutiles combinatorias si con el mismo lenguaje se constriñe la esencia lyrica en la *Oda* a ser pie soberano en límite soberano, ese sería el motivo fundamental de esa franja que se entiende como análisis estilístico. No lo intentaré aquí, porque no es mi propósito para el caso de este ensayo. Sin embargo, el pensar lyrico retoma, con libre disponibilidad, el diálogo cotidiano, fugacidad recurrente de un epifenómeno complejo, y lo exalta a una cierta sociedad absoluta del espíritu; recompone la reflexión de la Epístola, en tono asertivo o parenético, pero sin pie sincopado; o bien acógese a la síncopa absoluta de cada asombro por el soplo de ese mismo espíritu, que trasiega su fervor por el mundo según un logro ritmado, como una nueva especie terrígena, nutrida y gobernada por el pneuma de la vida cósmica.

Los *epiphaenomena* se tornan esplendencias del *anima mundi* en la palabra y en el silencio del poeta. Cada partitura, es decir, cada Oda recela y reconoce un *momen* que la echa a rodar por los aledaños azarosos de la proferición y por el mundo. Y sin dejar de constituir epifenómenos de cada límite, cada encuadre, cada giro, o cada compás, recortado como onda incólume en el soplo significativo de esta semántica orgánica, genera incontables resonancias, como la luz reverberante espejada sobre las ondas marinas. Cada epifenómeno se dispone como inicio de otros incontables, en el lenguaje lyrico, en el *sensus* histórico, en la vigencia bimilenaria de una *arkhé* que curiosamente se desentiende de la *arkhé* mítica o paradisíaca. Por eso Ernst Howald puede hablar de *das Wesen der lateinischen Dichtung* en un libro parco y denso, poco frecuentado por los filólogos americanos, pero de extraordinaria densidad hermenéutica. Pues aquí resonaría la admonición de Mallarmé: *on ne fait pas un poème avec des idèes, mais avec des motes*. Es cierto que el symbolismo y el post-symbolysmo destronaron la regencia multisecular de Homero, aunque yo diría del Homero visto por las disputas filológicas positivistas. La sentencia del insigne lyrico francés también insume a Homero, pues el symbolismo del rapsodo jónico afíncase en el proto-symbolismo incondicionado. Desde este recurso consumativo, ¿cuál es *das Wesen des horazischen Lyrik*? Esta pregunta resume toda la *quaestio*, y aunque como de toda "existencia-esencia" sea difícil una respuesta, la pregunta abre el horizonte del mysterio lyrico como coronación de los epifenómenos del mundo. Sería pues esa esencia refulgencia del Logos-Deidad, que trasciende todo epifenómeno, pero no desdeña manifestarse en esa ambivalencia de luz y penumbra, como un secreto de su resonancia viviente, luminosa y fecunda.

El segundo motivo o cuerda reasuntiva en cuanto a *res lyrica* sería, como dije, "interioridad del mundo" espejada en el marco restricto de cada Oda, y en la disposición estética, en la estructura de cada libro, espacio constructivo temático, variable curva de imágenes, alusiones y ritmos. Es esta una cuestión tratada como *Wesen* por Howald. Algo semejante a los espacios arquitectónicos que erigen el *tempum* concreto. Pertenece esta construcción al "existir" y por ende al "saber" ingravitacional, como la semántica. Se puede calcular el peso de las columnas del Partenón, no se puede pesar el divino esplendor y proporción de sus tramos o cortes espaciales. Se pueden contar las palabras de una Oda, medir las combinatorias en compases o pies, contar los versos y estrofas, seriar vocabulario e imágenes. Pero no se puede asir por esos canales el *sensus* lyrico, el *anima poematis* y mucho menos los espacios compositivos. La filología es una ciencia empírica de fenómenos ingravitacionales semánticos y en ello radica su vigencia pedagógica. Ahora bien, *anima mundi* y *anima poematis* están en secreta correspondencia por el trámite estético, o sea que genera una *res lyrica*. Sin embargo en Horacio se complejifica órganicamente en una complexión cósmica, es decir en una macro-lyrica de estructuras, libros, totalidades reasuntivas, dotadas de su alma biogenética. Y este es un mysterio de la *res lyrica*, presente en una Oda, y operante en una serie compleja o libro.

Finalmente el "*rühmen*" (la glorificación o celebración), o reino lyrico propiamente dicho. No restringimos el vocablo, germánico o romance, a la sacralidad religiosa en la piedad o en el rito, aunque no excluye por supuesto esta connotación. Partimos de una consideración óntica, *rühmen, das ist's*. En otras palabras, el poeta dice y considera "bueno" el poema, advenido como *deutera physis* del hexaemeron divino. Entonces la glorificación o celebración desentraña la esencia lyrica del mundo y de la palabra. El hombre, trocado por el poeta en "celebrante" y "glorificante" cruza el linde de la profanidad en que vive, y reasume el imperio de la sacralidad fundante. El único camino para regenerar el universo de la "cultura" humana y su proferición o verbo histórico, el único camino para detener, constreñir y replegar las "fuerzas aquerónticas", dueñas de este eón. He aquí la grandeza lyrica de Horacio.

La Oda horaciana cumple ese trasiego en el ritmo, el lenguaje, la complexión lyrica mentada como existencia orgánica en la sacralidad del acto estético-lyrico. Sea reflexivo el tono, descriptivo, parenético o recordatorio, la lyrica absoluta del contexto menor o mayor aduce la esencia celebratoria, por lo que la semántica abre el mundo y lo colma nuevamente del pneuma en la "espiración", "aspiración", o "respiración", el "*atmen*" que plenifica el espacio cósmico. ¿Es esto una reflexión de filólogo, o hay en Horacio "conciencia lyrica" en este preciso reconocimiento "semántico"? He aducido, como ya vimos, los trasfondos estoicos y epicúreos. En la

primera filiación, es indudable la relación que mento entre lyrica, pneuma y glorificación. Seguramente Horacio conoció el tratado perdido de Cicerón (*de gloria*). En la segunda filiación, bastaría con repasar con cuidado el poema de Lucrecio para atender a pormenores insospechados.

Por otra parte la "inmortalidad" horaciana es paradigma de estas reasunciones noéticas, physicas y lingüísticas y reconduce sus parámetros hacia la vida *ton protéron* (Píndaro), hacia la cosmología preplatónica y hacia la densidad semántica religiosa del viejo latín. El "*rühmen* de la palabra lyrica" contacta con los *manes* arcaicos y fundacionales, con la *lex sacra* y el *ius*, con *religio* y el *imperium*, etc. Es pues una inmortalidad que requiere el lenguaje, tornado a su esencia paradisíaca.

La Oda pues cierra el periplo desde la cotidianeidad convivida y proferida, al gesto de la palabra celebratoria, como extremo *decus* del poeta, y éste como extremo *decus* del *anima mundi* y del hombre fundante.

Conclusión

Escribir una historia crítica de Horacio sería un empeño filológico desmesurado, para un solo autor. Pero la historia del saber filológico se adensa en este bimilenario de cárdenos resplandores fuliginosos para el mundo; y sustrae de esas tempestades amenazantes y funestas un recoleto espacio de meditación con este latín imperecedero, triunfante Ariel benéfico frente a Calibán ominoso y torturante; verdadera presencia del *pneuma* inaprensible, *apéiraton*, generativo, que en el ritmo de la Sátira o de la Oda consagra al hombre, y lo hace ascender más allá del cuaternario, vencidos en su gloria lyrica los monstruos prediluvianos, los embates aquerónticos contra la lumbre heroica y heráclica.

Horacio en efecto con su semántica lyrica ha sido siempre —y lo es en medio de nuestras playas derelictas, colmadas de naufragios— un espíritu protector del ocio, el gozo trasegante de edad en edad, la imperecedera regencia del ritmo soberano. Su poesía es calma y fervor querubínicos, en los espacios ígneos *dei neri cherubini*, como dice Dante. Pues de eso se trata en la dura *ferrea aetas* que nos constriñe y que nos urge a ceñir un espacio de meditación para el espíritu, el *hagion pneuma* de nuestro fuego incorpóreo, el *pneuma* o *spiritus omnium poetarum*. Entre ellos el poeta que recordamos en linde cronológico tan vasto y tan contradictorio ostenta la medida suprema del horizonte que exhibe el entero cosmos, o el *ápeiron* benedicto en que fungen las homeomerías azarosas, cuyo *nous* es el poeta. Volvemos al discrimen originario ya entrevisto, salvo que estamos en la cumbre de la espiraloide consecuente con el pneuma, que interioriza en lo más profundo y rescata al mismo tiempo las extremas tensiones y sincronías originantes.

Lo recordamos y veneramos, para enseñarlo con escrupulosa regencia lyrica pitagórica, no extraña desde luego a sus fuentes estoico-epicúreas, recurso el más insólito para la filología que entreveo, acordada a la lyra insigne del lyrico romano.